

CARLOS OBLIGADO - UNA VOCACION CUMPLIDA

Eugenio Guasta

Durante el verano de 1949 estando lejos de Buenos Aires, en un rincón de la costa chilena, y cabe decir con propiedad rincón y apartado, llegó a mis manos por casualidad un periódico. En aquella caleta pesquera donde leer diarios es un acontecimiento, esa tarde de febrero llegó a mis manos uno. Lo primero que hice fué buscar noticias de Argentina. Así conocí de un modo casual la muerte de Carlos Obligado. El cable decía escuetamente que en Buenos Aires, había dejado de existir el Dr. Carlos Obligado "Secretario de la Academia Argentina de Letras, Miembro Correspondiente de la Real Academia Española."

Esas líneas escasas, me impresionaron, me apenaron profundamente. Había muerto en Buenos Aires un hombre, al que yo admiraba, a quien por su obra, por él mismo, desde mi lugar de discípulo —uno más entre tantos— profesaba un sincero cariño.

Pasaron varios días. Desde aquí, quienes sabían de mi admiración por el maestro, me enviaron cartas con recortes de crónicas.

Mi actitud, y para hablar más exactamente diré nuestra actitud, porque somos muchos los que sentimos de manera semejante, es de devoción para con un hombre que ha significado a nuestros ojos, a nuestras almas, el ejemplo de una vocación cumplida.

Don Carlos Obligado, como los hemos visto en su cátedra, como lo vemos en sus libros. Lo evoco tal como fuí conociéndolo.

En el año 1943 apareció un libro — *Patria* — que leí. Diez cantos de un poema que sintetiza nuestra Argentina, poema grande, dicho en difícil metro, en el arduo, maravilloso instrumento dantesco, el endecasílabo del amplio registro, forjado en tercetos. *Patria* es el canto de un poeta que sintiendo la existencia de la patria entera, pudo un día, a fuerza de vivirla, resumirla en luz de inteligencia y poesía. Todo un caudal que los años sumaron, y que en la madurez fruteció en un poema que será clásico, según augurio de Leonardo Castellani.

Patria me deslumbró. Y el nombre de Carlos Obligado, hasta entonces desconocido para mí, me tuvo alerta. Pasó algún tiempo. Releía de tanto en tanto sus versos.

Un día, decidí ingresar a la Facultad de Filosofía y Letras. Llegué a la mesa de entradas. Pedí informes. Me entregaron un folleto, con el plan de estudios, nómina de profesores... Iba caminando por Viamonte

hacia Florida leyendo distraídamente aquellos nombres cuando vi: Literatura Francesa: Titular: Carlos Obligado. Aquel nombre fué desde ese momento una promesa para mí. Pero debió pasar un año más, antes que llegara el día esperado. Y una mañana de marzo de 1948, asistí por primera vez a una clase de don Carlos Obligado. Antes de aquel día lo había entrevistado en el estrado del aula magna, durante algún acto académico o bien en el interior de la sala de profesores. Pero ahora ya estaba allí, ocupando su cátedra. Aquél era Carlos Obligado, hijo de don Rafael, el poeta de la Pampa, el poeta del Paraná.

De Don Rafael recibió un nombre ilustre, herencia poética e hidalga, herencia que significa señorío, "nombre que es historia, que es poesía, que es geografía de nuestra tierra". Rafael Obligado a quien una generación llamó poeta nacional, guardó una tradición, y si cantó, poeta romántico, con versos nuevos la patria nueva, supo también mantener la impronta hispánica, por auténtica, por real. Recordemos "Las quintas de mi tiempo", donde como piedras preciosas, lucen engarzados, los versos clásicos españoles: Lope, Cervantes, Rodrigo Caro, Garcilaso...

Herencia que significa vocación. Un nombre que viene de España, y se afianza; arraigados en la tierra, los Obligados se dan a ella y son patrios, si los hay. Sentido de la nacionalidad, florecimiento nuevo de entronque hispánico, de raíz latina. Ese es el mensaje que a don Carlos lega don Rafael.

Aquél fué el hombre, que llegó hasta nosotros una semana, a dictarnos su curso de Literatura Francesa, los poetas de Francia, desde los románticos hasta los simbolistas y decadentes.

Andar despacio, pausado, como quien camina llevando un manto sobre los hombros, dijo Juan P. Ramos en el homenaje que le rindió la Academia. Así le vimos por los corredores de la Facultad, dirigirse a su cátedra entre la turbamulta de alumnos que espontáneamente le abrían calle para que pasara. La mesura, la dignidad, fueron características de su persona. Un señorío innato, llevado con sencillez y afabilidad. Parco en los gestos, cuidadoso de todo detalle, pero siempre y en todo momento naturalísimo. Aquel hombre todo corrección —traje oscuro, una perla en la corbata y su gesto habitual, una mano apenas levantada y la otra desprendiendo el reloj, que dejaba sobre el escritorio hasta finalizar la exposición— aquel señor, era no sólo un catedrático, no sólo un académico, sino un poeta.

La educación recibida, el contacto en su propia casa con el mundo literario —el recuerdo de los sábados de don Rafael en el solar de la calle Charcas a la vera de la Plaza San Martín— aquellos sábados literarios que conocieron a José Hernández, a Rubén Darío, a Calixto Oyuela, su padrino, aquella casa por la cual pasó Amado Nervo, era toda la atmósfera en la que creció, conociendo de letras y escuelas desde niño. Su saber, acrecentado luego por el estudio propio, hizo de él un hombre culto, pero sin vana

erudición. El haber vivido esas cosas, significó que todos aquellos conocimientos —afianzados— fueran algo natural, que el iba diciendo con la manera clara, sencilla de lo poseído a fondo. Los románticos, su gran tema, que fuimos viendo en las traducciones que él mismo realizara. El espíritu de Alfredo de Vigny, de Alfonso de Lamartine, de Victor Hugo, de Alfredo de Musset, trasvasado con perfecta pulcritud y sin traición, a versos castellanos. La tarea del profesor, fué, partiendo de aquel punto, situar a los autores ante el alumnado. La exacta valorización de aquella escuela, en lo que aportó, y la comprensión de los defectos que tuvo. Así fuimos viendo la evolución del movimiento literario. De tan simple a muchos pudo parecer —míopes— que no era casi nada. La claridad, por diáfana, a muchos les pasa, que no la captan. Rasgos fundamentales, expresados con precisión, y los ejemplos: lectura del texto original y traducción literal inmediata.

Y allí los libros venerables, muchos de ellos primeras ediciones, tesoros de una biblioteca formada por varias generaciones. Después de clase rodeábamos al profesor, y podíamos contemplar aquellos libros que él mismo viajando por Francia había comprado. Una edición de François Coppée, donde una carta autógrafa del poeta, pegada en una página, mostraba la letra preciosista del parnasiano. Y en todos ellos el ex-libris, torre de homenaje del castillo que se levanta en la Vuelta de Obligado, riberas del Paraná.

Después, fué otra obra suya, también trabajo de artista probo —*Los poemas de Edgar Poe*— laboriosa traducción, la mejor de lengua española del poeta del Norte, el poeta del misterio, el poeta aristocrático, antecedente de Baudelaire. Aquellos libros —sus prólogos— nos hablaron de una labor intensa, seria, de auténtico trabajador. Fuimos adquiriendo un concepto general, un conocer lo fundamental y lo característico. La ubicación de las escuelas, de los poetas, fué para nosotros desde entonces clara.

Toda esa materia de la obra poética nos la expresaba don Carlos de tal manera que pudiéramos sacar una lección práctica. Afirmaba que toda escuela o movimiento, tiene razón en lo que aporta de positivo y generalmente se equivoca en la negación. Que toda escuela aun cuando signifique reacción frente a un modo anterior, de él ha tomado materia, y es su continuación, ya que en literatura, como en todo, nada hay absolutamente nuevo. Las cosas humanas, complejas sí, pero todas unidas a pesar de las diferencias propias, ya que tienen un fin común. Poesía no es sino expresión de belleza, belleza que es reflejo de Dios.

Las maneras de realizar son distintas; el fin es el mismo, diferente el modo. Algunos tienen conciencia clara de ello. Otros instintivamente lo hacen sin saber. Es indispensable la sinceridad, que significa verdad. Y las dotes.

Para juzgar una obra de arte hay que despojarse de prejuicios, de

poses, de encastillamientos. Amplio buen gusto, que se va formando, en lo literario, con la lectura bien guiada, no de muchos autores, si de los más importantes. Desde luego que lo que natura non da, Salamanca no presta, pero quien sea capaz que siga el método. Así aprendimos que es tan absurdo decir que los románticos no sirven para nada como afirmar imperturbables, en otro plano, que todo cuadro de Picasso es maravilla. Difícil tarea la de saber valorar, la de saber ubicar, la de saber discernir.

En los románticos, descubrimos su lirismo, su variedad en la versificación; en los parnasianos, la perfección idiomática, la forma impecable, la objetividad; en los simbolistas, la musicalidad, la belleza del tono menor interior, la sugerencia, la poesía pura.

Don Carlos Obligado, conocedor, nos hizo conocer, y su palabra nos situó.

Su palabra. Dominio de nuestra lengua; el idioma, verbo poseído y amado. Conversación amena, rica en matices, volcada en un hablar sabroso, con aquel dejo tan porteño, tan nuestro, en los modismos y en los giros con que aclarando su pensamiento, ilumina la idea, llegando a su *caracú*, como el mismo dijera, a su sentido más íntimo.

Despojado de toda manera doctoral, exponía con el tono de una charla, que sólo se hacía algo más enfático en la lectura de los versos.

Abundaba en consejos para los que enfrentan, primerizos, el mundo de las letras. Insistir en la apreciación del aporte de cada escuela —ya lo hemos dicho— siempre le parecía necesario. La claridad era su anhelo; así trataba de encaminar hacia lo verdadero, dejando las lobregueces y los tormentos de aquellos que en una suerte de barroquismos exacerbado —y sin sentido— se expresan con oscuridad de pesadilla, sin tino y sin fin.

Y en todo esto, sucesos y anécdotas contados por el relator del adjetivo rico y el don de amenidad.

Gran amigo de Leopoldo Lugones, —a su juicio, uno de los mayores poetas modernos junto con Valery y Claudel, “semejante a ellos, pero no inferior”—, en cierta ocasión al hablarnos del sentido crítico y al mismo tiempo de la ironía de Lugones, nos contó lo siguiente:

“Hablando con don Leopoldo de tantos “ismos” como en materia de arte estaban de moda, todo era o pasatismo o futurismo o cosa así, pensamos crear una escuela nueva, y hasta publicar solicitadas en los diarios, mensajes llamando adeptos, para integrar el movimiento del presentismo. Sólo el momento presente, el instante que no tiene ni pasado, ni futuro. El presente sin sitio. Así, el único elemento literario, sería la interjección; el único plástico, el punto. Y en música, terminó diciendo, podríamos soñar, con ver colmado nuestro Colón, y ante la expectativa del auditorio, aparecer un virtuoso que acercándose al piano, sólo haría: pín. . .”

Profesaba una gran admiración por Leopoldo Lugones. Su *Antología*, que realizó por encargo expreso de Juanita González, viuda de Lugones y

de su hijo, así lo atestigua. Trabajo digno del poeta, de tal amistad, y de tal antólogo. Quien quiera conocer a Lugones acuda a esa Antología cuyo trabajo preliminar, en el que se sintetiza toda la obra poética del gran argentino, va desentrañando sus más auténticos valores, y también a la *Cueva del fósil*, trabajo de crítica dedicado a la obra primera del poeta.

El curso de Literatura Francesa terminó con una consideración general acerca de la influencia de toda esa poesía en los autores americanos y en especial en los primeros tiempos de Lugones, en el preludio de la gran obra que fué después: *Odas seculares*, *Poemas solariegos*, *Romances de Río Seco*. Con verdadero amor nos leyó las mejores poesías del amigo. Y como terminando el desarrollo del curso las clases se prolongaron, tuvo la gentileza de acceder al pedido que algunos alumnos le hicieron y nos despidió con unas charlas sobre poesía gauchesca. La estampa de José Hernández y Martín Fierro. Aquellos versos que con tanto gusto recitó, y la trayectoria del poema que, para gloria de nuestro pueblo —afirmó— fué comprendido y valorado, antes que por los intelectuales por las gentes del campo.

Fuimos pocos los que asistimos a las últimas clases. Con recogida atención, le oímos contar la coincidencia aquella, “cuando José Hernández escribía *La vuelta de Martín Fierro* en su librería de Rivadavia y Tacuarí, mi padre don Rafael, en los altos de la misma casa comenzaba el *Santos Vega*”. ¡Cuánto respeto al evocar el nombre y qué sencilla naturalidad, sin ninguna petulancia!

Y un último rasgo. Cristiano, como quien no quiere la cosa, desde su cátedra dió verdaderas clases de catecismo a quienes les hacía falta, como cuando tratando a Baudelaire, se refirió al concepto del pecado original “cosa por otra parte tan sabida” y ya un cuarto de hora de catequesis iba delante...

La sola presencia de don Carlos Obligado fué para quienes lo trataron una lección formativa.

Aquella mañana de noviembre, la de su última clase, dejé la Facultad llevando en mis manos un ejemplar de *Patria* firmado por don Carlos. Me había acercado para invitarlo a la Misa del Estudiante. Con su afabilidad acostumbrada me preguntó: “¿Y ese librito que lleva, es mío?”. Lo tomó y encaminándose a la sala de profesores me invitó a seguirlo. Luego de firmarlo, corrigió él mismo la única errata que en esa edición se deslizara. “Aun cuando siempre cuido mucho estos detalles, algún gazapo escapa.” Y prosiguió: “Aparecerá una nueva edición, junto con *Ausencia*, en un mismo tomo.” Al entregármelo dijo: “Muchas gracias.”

Y yo no supe que contestar.

El verano. Las vacaciones. La muerte...

Cuando regresé a Buenos Aires, leí *Ausencia*. Cuarenta sonetos, “tri-

buto a la memoria queridísima de Lucía Nazar Anchorena de Obligado”, reza la dedicatoria.

Ausencia y *El poema del castillo* junto con *Patria*, rimas de patria, de heredad gloriosa, de amor conyugal, nos brindan la rica realidad humana que fué la vida de Carlos Obligado. Allí, en esos tres libros está toda su vocación: el poeta, el maestro, el esposo, el padre, el hombre.

Es allí, en los tercetos magistrales de los diez cantos —*Patria*—; en la profusa variedad de los romances —*El poema del castillo*—; en la medida áurea del soneto —*Ausencia*—, donde todo el acervo de un alma grande, realizó la obra, su obra, de hombre y de poeta. La claridad clásica, la justeza y precisión de las ideas, el equilibrio de los sentimientos, el decoro verbal, la armonía de las formas, la lúcida visión, los juicios ponderados, el señoril recato, la varonil dignidad, la austera virilidad, el sentido cristiano de todas las cosas, el ser humanamente hombre integral, con reciedumbre, bondad —alma capaz de creación— y de deber y labor, realizados.

Es en *El poema del castillo*, donde al hablar de su casa solariega, nos va mostrando su vida entera, objetivamente y al mismo tiempo, con ese claro, sano lirismo que nace del amor de la familia, de la casa. Y allí, el recuerdo del bisabuelo, que llegó de España, el abuelo, el padre, él mismo, su mujer y sus hijos. La propia labor, el estanciero que labra y cuida su tierra, el patrón que es jefe y que es padre. El canto del Paraná, canto de la tierra y del río que es sangre de tierra; todo: los recuerdos, los amigos, el trabajo, los libros, el cariño, todo, dicho con nobilísima dignidad, en la pureza de una forma que es reflejo de un alma armónica, limpia, sencilla. Allí está el hombre que escribe, que rige su casa y su hacienda —que sabe de ganado y de mieses— que es patrón, que es amigo, que contempla al hijo recién nacido y luego los hijos ya crecidos —que con pudor varonil, dice, apenas, de su amor que se adivina profundo, único— es el hombre cabal, que naturalmente cumple su misión humana.

Al elevar su voz en el canto de la Patria, dice:

Fundada en Cristo, por misión de España.

Aquel verso es resumen de todo el canto, pero oigámoslo:

...uno mismo el nacer con el bautismo,

Así, Patria dilecta, recibiste

La existencia y la Gracia a un tiempo mismo.

Y si en viril, católico desvelo,

La juventud mejor hoy vuelve a Cristo,

Sirve a la patria, cuando sirve al cielo.

Resurge aquí, sin pálidos arrobos,

La fe admirable que vital germina

Almas de luz y corazones probos.

*Doble, como es de apóstol, la tarea,
Quién por tesoro doctrinal ahonda,
Quién allá, a los humildes, lo granjea...*

Ausencia es el libro de amor, de la inspiración profunda, del caudal lírico entrañable, el del dolorido sentir, es el libro de la esposa ausente, su musa, su inspiradora. Es delicada y sentida la belleza de estos sonetos, hay en ellos un velado dolor.

Si el último soneto nos da la clave de todo el sentido de *Ausencia*, según dijo Juan P. Ramos —“Sobre el frontal de un ara silenciosa, quisiera sólo perpetuar mi canto...” —en el cuarto soneto que es el del consuelo, descubrimos la profunda resignación del cristiano.

*...Blanquísima la veste
Y en los labios la Víctima celeste,
Así acudió, tan pura, a Su llamado,
Que hay, en mi noche, pertinaz consuelo:
La vela al mar sin lastre de pecado,
La certidumbre del glorioso vuelo!*

La esperanza está dicha en otro:

*¡Y aún sonrío, por ti, lo venidero!
Que la luz de ocaso, en mi ideal postrero,
Es la ausente, otra vez la Prometida;
Y a tu lado, esperanza de mi vida
Hoy que sé de verdad cómo te quiero,
Espero eternidad embellecida.*

Obra y vida de Don Carlos Obligado, patricio de alma y sangre; su gran lección de vocación cumplida.